

¿ La concertación desconcertada?

Reflexiones sobre su historia y su futuro

Eugenio Ortega R. / Carolina Moreno B.
Compiladores



Patricio Aylwin / Jaime Castillo Velasco / Germán Correa / Carmen Frei
Eduardo Frei / Ricardo Lagos / Arturo Martínez / Sergio Molina
Ricardo Núñez / Fanny Pollarolo / Enrique Silva Cimma / Eugenio Tironi / Carolina Tohá / Gabriel Valdés

Introducción	7
Jaime Castillo Velasco	9
- Una patria para todos (6 de octubre de 1977)	15
Gabriel Valdés	21
- Ahora es cuando (6 de agosto de 1983)	29
- Exigimos democracia (12 de noviembre de 1985)	42
Ricardo Núñez	51
- Manifiesto democrático (agosto de 1983)	59
- Alianza democrática: "Bases del diálogo para un gran acuerdo nacional"	62
Enrique Silva Cimma	69
- Pueblo de Santiago, pueblo de Chile (18 de noviembre de 1983)	76
- Bases de sustentación del régimen democrático (10 de noviembre de 1986)	82
Sergio Molina	97
- Acuerdo nacional para la transición a la plena democracia (25 de agosto de 1985)	105
Carmen Frei	111
Fanny Pollarolo	121
Carolina Tohá	127
Arturo Martínez	135
- Concertación social: Desarrollo, democracia y equidad	143
- Discurso pronunciado por Manuel Bustos Huerta (1 de mayo de 1992)	147
Germán Correa	153
Eugenio Tironi	161
- Declaración Concertación de los partidos políticos por el NO	168

- Programa básico de gobierno	171
Patricio Aylwin	215
- “O la tumba será de los libres o el asilo contra la opresión” (1 de octubre de 1988)	222
- Discurso de s.e. el Presidente de la República, Patricio Aylwin Azócar (12 de marzo de 1990)	226
- “Para que nunca más en Chile...” (4 de marzo de 1991)	232
Eduardo Frei Ruiz-Tagle	239
- Discurso de s.e. el Presidente de la República, Eduardo Frei Ruiz-Tagle (12 de marzo de 1994)	246
Ricardo Lagos	251
- Chile: Los grandes temas y tareas de la reconstrucción (diciembre de 1983)	259
- Discurso del Presidente de la República Ricardo Lagos (12 de marzo de 2000)	272
Anexo:	
- El alma de Chile. Cardenal Raúl Silva Henríquez	279



Con ciertas personas la historia se encuentra de manera misteriosa. Patricio Aylwin es uno de ellos. Es posible que él nunca considerara que iba a ser la persona que encabezara el NO y que después fuera elegido el primer Presidente de Chile para conducir la transición de la dictadura a la democracia. No buscó ser el líder político de la oposición y sin embargo lo fue. Muchos se resistían a que fuera el primer Presidente de la Concertación y logró el más amplio consenso. Cuando se escriba la historia de la democracia chilena de finales del siglo XX tendrá en Patricio Aylwin el símbolo de una pacífica y ordenada transición que pocos en Chile y en el mundo creían posible, después de las tensiones que vivía esta sociedad. Aylwin no solo logró unir a los partidos sino que encabezó el más grande movimiento social y cultural que Chile haya visto para dar una salida concertada a la dictadura.

Fue un difícil papel. Quizás algunos puedan señalar que fue poco audaz. Pero nadie duda que fue el camino posible para momentos que muchos avizoraban como tremendamente conflictivos. Prudencia y visión no son contradicciones naturales en la política. Se logró avanzar en la democracia, en hacer justicia en las violaciones a los derechos humanos y todo ello con la presencia de Pinochet como líder militar y político. Pocos en el mundo entendieron esta transición chilena tan singular. Pero se hizo y se ha ido profundizando. La sabiduría política, quizás es difícil de asumir y aceptar por quienes deseaban cambios más radicales, pero no hay duda que tiene siempre su momento de reconocimiento y valoración histórica.

A su juicio, ¿qué hizo posible la conformación de la Concertación?

Yo creo que la gestación de la Concertación fue un proceso en que, primero, se afirmó la necesidad de que Chile volviera a la democracia, y, segundo, la voluntad de hacerlo por la vía pacífica, electoral; y esta voluntad pacífica se puso más de manifiesto cuando en el año 1986 el Partido Comunista realizó la internación de armas en Carrizal y el atentado contra Pinochet, es decir, intentó la vía violenta y declaró su adhesión a todas las formas de lucha; ahí, en cierto modo, se definieron claramente dos estrategias: la estrategia violentista y la estrategia pacífica y democrática.

¿Cuándo empezaron a conversar socialistas y demócratas cristianos?

Nosotros empezamos a conversar en el Grupo de Estudios Constitucionales desde el año 1978, puesto que había socialistas y demócratas cristianos, y después en la Alianza Democrática. Fue un proceso muy largo de conversación, de ir definiendo

criterios, de ir estudiando alternativas. Hubo seminarios, como el que organizó el ICHEH, el año 1984, en el Hotel Tupahue, en que se trató el tema de las formas de lucha para derrotar a la dictadura. Ahí, yo sostuve que lo realista era dejar de lado el tema de la legitimidad de la Constitución del ochenta y del régimen militar y buscar una fórmula de acuerdo para crear una nueva institucionalidad, a partir de esa institucionalidad que nosotros rechazábamos.

La Concertación fue formada por partidos y sectores políticos que habíamos sido adversarios y que, sin embargo, en un proceso que tomó prácticamente doce años, fue gestándose en defensa de valores compartidos: la libertad, la democracia, la justicia social. Eran aspiraciones comunes a todos los que llegamos a formar la Concertación.

Primero había muchas diferencias entre nosotros, pero poco a poco se va llegando al acuerdo de que el objetivo es reconstruir la democracia, que es una democracia sin apellidos, que no es una democracia ni socialista, ni demócrata cristiana, sino que es una democracia a secas.

¿Cuáles son las promesas que le hizo la Concertación a la gente?

Fundamentalmente, un régimen en que imperara el respeto a los derechos humanos, la afirmación de los derechos humanos como una garantía, como una piedra angular del sistema. Consiguientemente, la libertad. Un régimen en el que superáramos la división de los chilenos en amigos y enemigos y admitiéramos la diversidad propia de la comunidad nacional. Un país libre, en que pensar distinto no es pecado y uno puede tener cualquier idea, pero no por eso puede ser calificado de antipatriota, ni de enemigo de la patria, que era el signo de la dictadura. La diversidad de la Concertación se traduce en símbolos. Cuando la Concertación decide como su signo el arco iris, está expresando eso: aquí cabemos todos, de distintos colores, pero todos formamos Chile. Y cuando nuestro eslogan es: "la alegría ya viene", estamos expresando que aquí somos hermanos, que hemos reemplazado el odio por la fraternidad y el dolor y rudeza de la dictadura por la alegría.

Hay muchas personas que estaban con la Concertación y que ahora dicen que la alegría no llegó...

Pero en este país se dejaron de violar los derechos humanos. Entonces, si dejaron de violarse los derechos humanos, desapareció el motivo para estar tristes, para estar apenados. ¿Mejóro la condición de los pobres en Chile? Cuando yo recibí el gobierno, el 40%, según la última encuesta Casen, vivía en situación de pobreza. Al término de mi gobierno, se había rebajado al 26% y actualmente está en el 20%. Es decir, hemos reducido la pobreza a la mitad. Vivimos en un país en el que nos respetamos; discutimos; pero vivimos una vida civilizada, de consideraciones recíprocas.

Que la alegría llegara no significaba una risa permanente ni la felicidad para siempre. Es la alegría de que no haya la amenaza de las violaciones a los derechos humanos. Nadie prometió una panacea: va a haber riqueza para todos y todos vamos a vivir estupendamente. Nadie prometió eso. Entonces, yo creo que la alegría, en el sentido que entonces la queríamos, llegó, llegó.

Ahora hay algunos que dicen que el espíritu de la campaña del NO era el de integrar a la gente, hacer una sociedad mucho más comunitaria, con un fuerte capital social...

De acuerdo; en eso yo estoy de acuerdo. Los que queremos eso somos, probablemente, la mitad de los chilenos; pero hay una mitad de los chilenos que no quieren eso; que confían, más que en la solidaridad, en el individuo, en la eficiencia del mercado y en éste como el regulador único de la actividad económica. Ellos creen en la sociedad de mercado y nosotros en una comunidad de personas.

¿Qué pasó, después de que ganó el NO, con todo ese capital social, con toda la gente que estaba movilizada con ganas de participar?

Mire, yo creo que esa gente hizo cosas y participó, el problema es que el país ya ha cambiado bastante. El tema es que no desaparecieron los que defendieron la dictadura y con el correr del tiempo, yo diría que mantienen una mentalidad autoritaria, de juntar poder político, empresarial, de sectores eclesiales, de medios de comunicación y de los militares en retiro. Han mantenido y reforzado también su mentalidad economicista e individualista. Creo que Chile ha cambiado mucho y no solamente ha cambiado porque hay libertad y hay democracia. Puede que sea imperfecta, pero hay democracia. Ha cambiado porque en este país se ha producido una expansión muy grande de la clase media; y gran parte de esa gente que luchó con nosotros y que ahora está incorporada a la clase media, ahora apoya a la UDI, apoya a Lavín, porque ahora tiene intereses y cree más en el modelo económico. Antes luchaba por la libertad y por la justicia social y ahora lucha por mejorar su situación económica. Desea que Chile sea más próspero y que le vaya mejor a él y mejore su participación en el ingreso. No digo que Lavín vaya a responder a esas expectativas. Lo que digo es que hay gente que cree que esa puede ser una opción. Cambió para muchos la manera de relacionarse con la política y esperan más de su esfuerzo por lograr su interés económico. Pero al mismo tiempo creo que hay muchos que desean movilizarse por dimensiones más trascendentes.

¿Lo anterior sucedió porque, quizás, la Concertación no se hizo cargo de la movilización y de la construcción del capital social?

Es decir, yo creo que la Concertación se hizo cargo de todo. Yo creo que la Concertación fue leal con sus compromisos. Otra cosa es que muchas cosas no las hayamos podido hacer. El cambio que hay entre el país que existía en 1989 y el país que existe hoy día es inmenso, en desarrollo económico y en desarrollo social. Que falta mucho para lograr lo que nosotros queríamos, falta mucho. Y hay gente que estuvo con nosotros y que ahora está al otro lado. ¿Por qué? Porque la gente siempre espera del que está en el gobierno mucho más de lo que el gobierno pueda darle. Ahora el que hace promesas es el que está al otro lado, entonces a la gente se le olvida lo que pensaba antes.

¿Cómo ve usted actualmente a la Concertación?

La Concertación tiene un desafío inmenso, porque está abocada seriamente al riesgo de perder el gobierno. Tan claro como eso. Ahora el país se ha desencantado de la Concertación. En parte, por la propia ley de la vida y por el cansancio que provocan las mismas caras; pero en parte también, porque la gente está descontenta y le echa la culpa al que está arriba de todo lo que aspira y no logra tener.

La Concertación se ha ido desgastando, se ha deteriorado, han surgido muchos protagonismos personales. Yo creo que la mística que tuvimos en aquellos años se ha ido debilitando, en parte porque otra cosa es con guitarra. Al estar afuera del poder uno piensa en los cambios que hay que hacer, pero cuando uno no logra hacer



estos cambios, surgen las dificultades, los desacuerdos o los enfrentamientos. Nos echamos la culpa recíprocamente. La verdad es que una cosa es planear un cambio hacia una sociedad más justa, más solidaria, más libre, que es la dirección en que hemos marchado y otra cosa es cómo se hace frente a temas específicos; por ejemplo, hoy día estamos abocados a un tremendo desafío: la reforma de la salud a través del Plan Auge. Entre nosotros no estamos todos de acuerdo sobre cómo se hace y cómo se financia este Plan, todos queremos que se haga pero hay consideraciones económicas, hay consideraciones sociales, hay visiones distintas.

¿Y cómo ve a su partido y la relación entre los distintos partidos de la Concertación?

La verdad es que en el año 1989, la Democracia Cristiana era más de la mitad de la Concertación; hoy día eso no es así. El PPD tiene manifiestamente la vocación de convertirse en un partido mayoritario dentro de la Concertación. Hay tensiones internas; en este sentido, la natural tendencia en toda democracia en torno a la lucha por el poder, afecta más a quienes ostentan el poder que a los que están en la oposición. Y entonces, yo creo que nos ha debilitado.

Y eso ha debilitado también a los líderes...

Cuando hay demasiados lideratos, éstos se diluyen; cuando hay uno o dos lideratos, indiscutidos, la cosa resulta menos compleja; o cuando, como ocurrió el año 1989 en la Concertación, más que una cuestión de lideratos personales, era una cuestión en cierto modo institucional, porque nuestra prueba era muy decisiva, teníamos que funcionar o todo fracasaba. Entonces, yo no fui candidato por un liderato personal, sino porque de hecho yo fui el abanderado, yo fui la persona que concilió, que coordinó; entonces en cierto modo fui el mínimo común denominador, fui la persona que logró más consenso. Por eso fui Presidente por un período breve; por eso también, se logró que hubiera un gran consenso en el funcionamiento de mi gobierno, porque, tal vez, nadie sentía que yo tenía proyecciones, que les cerrara el paso a los demás. En el juego normal de la democracia los lideratos tienden a ser excluyentes. Entonces se va produciendo la ventaja que hoy día tiene la derecha, la oposición, en que no se visualiza más que un líder.

¿Cuál es el futuro que usted le ve a la Concertación?

Yo estoy preocupado. Creo con convicción que la Concertación es la mejor alternativa política para el destino de Chile. Es la alternativa que garantiza o que hace más posible realizar y conciliar los ideales de libertad y democracia en lo político, con el de justicia social o solidaridad en lo social y crecimiento en lo económico.

¿Y de qué forma piensa usted que se podría renovar la Concertación?

Yo ya estoy jubilado, no estoy pensando en eso. La verdad es que no tengo una receta.

¿Algún consejo?

Lo que le aconsejaría a la gente de la Concertación es que pusiera las cosas en su correcta jerarquía; que valoricemos más lo que nos une que lo que nos separa, que volvamos a los valores fundamentales que nos dieron origen, la lucha por la libertad, el Estado de derecho, la democracia política, la lucha por un Chile que se desarrolla, pero al mismo tiempo la lucha por la solidaridad, por la justicia social, por construir una sociedad más humana, más justa, con más igualdad.

¿Qué sentimientos le vienen a usted cuando habla de esta época?

Recuerdo la época de la dictadura como una época muy dura, especialmente para el común de la gente, sobre todo para la gente modesta, para todos los que luchábamos por la democracia, por la libertad. Fue una época de gran entrega, muy generosa, muy desinteresada. La verdad es que todos los que estábamos metidos en este baile, lo hacíamos prescindiendo de nuestros intereses personales. Recuerdo el período ya de culminación, como un período eufórico y de una lucha en que teníamos mucha fe, optimismo y confianza. Creo que la campaña del NO fue una cosa muy bella, que nos motivaba muy de adentro y en la cual uno estaba muy entregado; y luego recuerdo mi campaña presidencial y mi presidencia, como un período de mucha realización. Y creo que la historia juzgará los diez años siguientes al triunfo del NO, como un período de muchas realizaciones en este país. Claro, no estamos en una democracia perfecta, todavía nos falta.

¿Qué le cambiaría al sistema democrático para que fuera perfecto?

Fundamentalmente está el tema de los llamados enclaves autoritarios: los senadores institucionales, el sistema binominal mayoritario. La verdad es que el sistema binominal mayoritario significa que un tercio más uno es igual que dos tercios menos uno, lo que no es democrático y eso es lo que permite lo que estamos viviendo, que las reformas que debieran haberse hecho en estos años, que las intenté yo, las intentó Eduardo Frei, las está intentando Lagos, no se hacen. En eso hemos fracasado, pero no en vida democrática; una vida democrática imperfecta, pero vida democrática, con respeto a los derechos humanos y a todas las opiniones. Ahora, hay un fenómeno que es relativamente nuevo, que se acentúa y es el poder excesivo que adquiere en las sociedades de nuestro tiempo, el factor económico, la concentración de poder económico en sociedades de mercado, la disminución del poder del Estado como órgano regulador.

Hubo un acuerdo de caballeros entre Renovación Nacional con Jarpa a la cabeza y la Concertación, en relación a las necesarias reformas constitucionales que debían realizarse. ¿Qué pasó con ese acuerdo?

Yo tengo algo escrito sobre eso. Aunque en el acuerdo de abril de 1989 entre la Concertación y Renovación Nacional se había convenido en una Cámara de 150 diputados y un Senado de 50 senadores, elegidos todos “por un procedimiento que dé por resultado en la práctica una efectiva proporcionalidad en la representación de las opiniones y de los partidos políticos”, ello no se logró con el Gobierno de Pinochet y después algunos en Renovación Nacional no han honrado ese compromiso. Se había logrado acuerdo “en que la institución de los senadores designados no es consistente con la tradición política chilena y no responde a criterios claros de legitimidad política”. El Gobierno de Pinochet rechazó tajantemente nuestra demanda de suprimir los senadores designados y de modificar el sistema electoral binominal; solo se allanó a reducir la influencia de esos senadores aumentando el número de los elegidos mediante el arbitrio de dividir las regiones quinta, séptima, octava, novena, décima y metropolitana en dos circunscripciones electorales, lo que significaba elevar el número de senadores electos de 28 a 38 y consiguientemente, disminuir la representatividad de los designados, desde casi el 30% a un 22,5%.

En mi escrito digo textualmente: “Al finalizar el mes de mayo el impasse se mantenía sobre este tema. En la mañana del lunes 29, los dirigentes de la Concertación acordamos insistir en nuestro punto de vista: supresión de los senadores designados. A primeras horas de la tarde, Sergio Onofre Jarpa y yo, nos reunimos con el ministro Cáceres en un encuentro, no anunciado por la prensa, que se verificó en Bandera 52. Ahí nos encontramos con la negativa absoluta del Gobierno para reconsiderar su posición sobre este punto. No aceptaba suprimir los senadores designados. Se consideraba, según comentó *El Mercurio*, un factor de moderación en el primer período parlamentario. Pero en esta ocasión quedó en claro que la insistencia del gobierno al respecto se refería solo a dicho período, lo que implicaba el entendido de que durante su transcurso se suprimirían definitivamente, tal como lo había sugerido el ex ministro y candidato presidencial oficialista Hernán Büchi en su planteamiento a comienzo de mes y acercándose a lo que Renovación Nacional había planteado formalmente en su propuesta del 10 de mayo, en cuanto a mantener en rigor los senadores designados “solo por un plazo de cuatro años contados desde la instalación del próximo Congreso Nacional”. Consecuentes con este entendido, el ministro Cáceres y Jarpa estuvieron de acuerdo en que si durante el primer período parlamentario vacaba el cargo de alguno de los senadores designados, su vacante no se llenaría”.

“Sobre la base de lo conversado en ese encuentro, a la mañana siguiente los miembros de las comisiones técnicas Concertación - Renovación y el Gobierno, Sres. Francisco Cumplido y José Antonio Viera-Gallo, Carlos Reymond y Miguel Luis Amunátegui, Arturo Marín y Hermógenes Pérez de Arce, respectivamente, se reunieron para efectuar el contenido del acuerdo”.

En la Concertación costó que se aceptara esto; cuando informé en su seno sobre lo acordado con Jarpa y Cáceres hubo bastante discusión; varios dirigentes, entre otros Lagos, expresaron reservas. Sin embargo, se terminó... “expresando nuestra insatisfacción por la permanencia de la forma de generación y composición del Congreso, que no permiten la expresión plena y transparente de la voluntad ciudadana. La subsistencia del arbitrario sistema electoral no proporcional y la existencia de senadores designados, dificultan seriamente la representatividad democrática del Congreso, expresión cabal de la auténtica mayoría nacional... Por ello nos comprometemos a continuar luchando por lograr en el parlamento futuro, los acuerdos que nos permitan alcanzar

la mayoría necesaria para introducir nuevas reformas a la Constitución en todas aquellas materias que nos parecen indispensables para dotar a Chile de una institucionalidad plenamente democrática”.

¿Hubo compromisos formales de que en el primer Congreso se podría cambiar la Constitución que Pinochet no había permitido cambiar?

Especial relevancia para adoptar esta conducta tuvo la confianza a que habíamos llegado de que en el futuro Congreso contaríamos con los votos de Renovación Nacional para reformar la composición del Senado y el sistema de generación parlamentaria, suprimiendo los Senadores Designados y sustituyendo el sistema electoral binominal por uno de representación proporcional, tal como se había establecido en el informe de la Comisión Técnica Renovación Nacional y Concertación. Señalo en mi escrito: “Recuerdo que en el ánimo de dejar en claro el compromiso en ese sentido, ante la resistencia de la directiva de Renovación Nacional a formalizarlo mediante un documento oficial, Ricardo Rivadeneira invitó a una comida que se llevaría a efecto en su residencia. Aunque Sergio Onofre Jarpa no llegó, lo que fue un mal síntoma, el dueño de casa fue categórico al expresar, con el asentimiento de Andrés Allamand y demás dirigentes de su partido, que no era necesaria firma alguna para certificar el acuerdo, pues estábamos “entre caballeros”. Agrego en mi escrito: “El respaldo de la Concertación al acuerdo fue, sin duda, una decisión difícil, especialmente para los sectores de izquierda”.

Es bueno recordar algunas frases textuales de personeros de RN tales como Amunátegui, Jarpa y Allamand: “...el miembro de la comisión política de Renovación, Miguel Luis Amunátegui, ante la pregunta: ¿qué garantiza que se mantendrá el acuerdo con Renovación Nacional después?, contestó: “si no se llega a acuerdo con el gobierno del general Pinochet, tenemos el terreno lo suficientemente abonado con la Concertación para hacer cambios después. Tenemos un acuerdo y vamos a cumplirlo”.

Ante la declaración contraria del ministro Cáceres, Renovación Nacional expresó sus reservas. Jarpa dijo esperar que “no sea la última palabra”, insistiendo en que el diálogo sobre reformas no estaba agotado: “Lo mejor para el país es que se llegue a un acuerdo sobre la Constitución de 1980, porque hay que mejorarla y perfeccionarla, cuestión que algunos no comprenden”. Más aun, para ratificar la idea de que en el primer Congreso se harían las reformas que el gobierno de Pinochet no aceptaba y que se habían acordado con RN por parte de la Concertación, según lo consigna el diario *El Mercurio*, el presidente de Renovación afirmó: “Las materias que se acuerden ahora, quedan inamovibles en el futuro, porque si no estaríamos trabajando de más. Lo importante de este acuerdo es que lo resuelto queda a firme”. Se trataba de los acuerdos RN-Concertación, que Andrés Allamand había llegado a calificar dos días antes de la declaración de Jarpa, “como la iniciativa política más importante y de mayor trascendencia histórica que sectores democráticos hayan impulsado para asegurar la estabilidad de la institucionalidad futura”. Confiamos en la palabra de caballeros.

La buena fe de la Concertación llevó a que el presidente del PPD, Ricardo Lagos, declarara el 5 de mayo que el país podía estar tranquilo ante el fracaso del diálogo sobre reformas, pues “habrá cambios a la Constitución a partir de marzo con el Congreso elegido”, destacando que el proyecto de reformas de gobierno había dejado en evidencia que el mecanismo vigente para los cambios constitucionales en la carta del 80, permitía reformarla por un solo Congreso. Espero que al Presidente Lagos le vaya bien en las reformas que ahora nuevamente impulsa la Concertación. Esta es una de las metas a las que la Concertación no puede renunciar.

“O la tumba será de los libres o el asilo contra la opresión”

Discurso pronunciado por Don Patricio Aylwin en la concentración de la “Marcha de la Alegría”, al poner término a la Campaña por el NO en Santiago. 1º de octubre de 1988.

Con estas palabras, que nos brotan del fondo del alma cada vez que cantamos el himno patrio, expresamos la vocación libertaria del pueblo chileno.

¡Chile nació para ser libre!

Por la libertad de su tierra de Arauco dieron su vida Lautaro y Caupolicán.

Por la libertad lucharon los padres de la patria, hasta conquistar la Independencia.

A construir en nuestra tierra una sociedad cada vez más libre y justa, consagraron sus mejores esfuerzos los grandes gobernantes de nuestra historia democrática.

Durante siglo y medio, Chile conquistó singular prestigio entre las naciones por su capacidad de vivir y crecer en libertad y de observar formas institucionales para asegurarla.

Desde hace quince años, el pueblo chileno vive privado de su libertad.

¿Hay alguien que se atreva a negarlo?

Libertad significa, antes que nada, respeto a toda mujer y a todo hombre, en su dignidad de persona, cualquiera que sea su edad, su origen, su situación social, su condición económica, cualesquiera que sean sus ideas. Que nadie pueda ser discriminado o perseguido por sus creencias u opiniones, por el color de su piel, por su pobreza o humildad.

Libertad significa que nadie puede ser eliminado, ni humillado, maltratado, torturado, ni sometido a tratos vejatorios, y que quien por sus malas acciones se haga acreedor a una pena, solo pueda ser castigado después de un justo juicio en que tenga oportunidad de defenderse.

Libertad significa que cada ciudadano tenga derecho a participar en el gobierno de su país, a elegir periódicamente a sus gobernantes, a criticar públicamente su gestión; y que quienes ejercen autoridad respondan de sus actos ante el pueblo, de manera que este sea el dueño y señor de su propio destino.

Y yo pregunto: durante estos quince años; ¿hemos gozado los chilenos de estos derechos que constituyen la esencia de la libertad?

Bien sabemos que no.

¡Cuántos crímenes se han cometido en estos negros años, cuántos! ¡Cuántos asesinatos, cuántos detenidos desaparecidos, cuántos torturados, cuántos exiliados! ¡Cuántas víctimas de abusos y persecuciones, cuántos chilenos honorables, injustamente presos o relegados, como son los casos de Clodomiro Almeyda, de Manuel Bustos y de Arturo Martínez! ¡Cuántos periodistas procesados por decir la verdad!

Sin embargo, tienen el desparpajo de hablarnos de “sociedad libre”.

¿Puede llamarse “libre” una sociedad, porque hay una minoría cuyos ingresos le permiten consumir lo que les dé la gana y escoger entre varios sistemas de salud y entre múltiples universidades, cual de todas más caras, mientras la enorme mayoría gana apenas lo indispensable para mal alimentarse o para sobrevivir en las estrecheces de la

incertidumbre, y tiene que hacer penosas colas para ser mal atendidas en servicios de salud fiscales o municipalizados desprovistos de lo más indispensable, y no puede concluir la educación de sus hijos porque no tiene con qué pagar sus altos costos?

Llamar a esto "sociedad libre" es sarcasmo tan ridículo como decir que Pinochet es "demócrata".

Después de 15 años de gobierno absoluto —el más largo de la historia de Chile— en que, según sus propias palabras, no se ha movido una hoja sin que él lo supiera, ¿puede alguien creer que Pinochet es demócrata?

¿Es sensato imaginar que, de la noche a la mañana, Pinochet se torne respetuoso de los derechos humanos, esclarezca los crímenes impunes, deje de perseguir y de injuriar a sus adversarios, haga justicia a los postergados y se decida a solucionar los problemas de los pobres?

¡Basta ya de engaños!

Durante 15 años, Chile ha vivido dominado por la mentira y la violencia.

Con el pretexto de salvar la libertad y "proteger" la democracia, destruyeron las instituciones democráticas y el Estado de derecho del que estábamos orgullosos e impusieron el imperio de la fuerza.

Con el pretexto de buscar "unidad nacional", quebraron la patria mediante una política de guerra interna que ha dividido a los chilenos en amigos y enemigos, sembrando odios y generando terrorismo de uno y otro lado.

Y sobre estas bases de mentira y violencia, impusieron sobre los chilenos el imperio del miedo.

No contaron con que la conciencia moral de un pueblo puede ser adormecida, pero nunca muerta. Tarde o temprano, la razón se impone sobre la fuerza y el coraje del espíritu destruye al miedo.

Es lo que está pasando en estos días. Desde el mismo 30 de agosto, en que, en grotesca ceremonia, Pinochet hizo oficializar la candidatura que de hecho había autoproclamado con más de un año de anticipación, la farsa quedó tan a la vista que el temor se convirtió en risa.

Desde entonces hasta ahora, en apenas un mes, se ha derrumbado el mito y ha quedado en evidencia la debilidad de un régimen que solo representa a una minoría arrimada a la sombra del poder militar que, fiel a una tradición jerárquica, obedece ciegamente a su jefe.

Han bastado 15 minutos diarios de televisión, durante 27 días, para destruir 15 años de monopólica y majadera propaganda televisiva.

Y esta marcha de la alegría que hoy culmina ha concluido de sepultar al miedo. Los jóvenes que partiendo de uno y otro extremo de nuestro largo territorio, atravesando el



árido desierto y dejando atrás las lluvias sureñas, o viniendo del mar o la cordillera, han venido recogiendo en todas las ciudades a su paso el respaldo caluroso de entusiastas multitudes, son símbolos vivientes del Chile del mañana que alegre, esperanzado, con el corazón rebosante de ideales, busca reencontrarse con los grandes valores de la historia patria.

En esta inmensa manifestación, donde se juntan las esperanzas que ustedes traen desde cada uno de los rincones de nuestro querido Chile, la alegría de que ustedes son portadores representa la voluntad de extirpar el miedo, la mentira y la violencia de la vida nacional.

¡Vamos a ganar!

Ganaremos con el NO, porque no queremos guerra, odio ni violencia entre los chilenos.

Vamos a ganar, porque Chile no quiere más terrorismo, ni del Estado ni subversivo. La gente nace para vivir. No queremos que se mate a nadie.

Vamos a ganar, para construir una patria para todos, en la que todos los chilenos, sin excepción, civiles o uniformados, gobiernistas u opositores, podamos convivir en paz.

Chile es un país joven que mira hacia el futuro. No nos dejaremos paralizar por los temores de quienes se quedaron anclados en los conflictos del pasado.

Yo pregunto: ¿hay alguien que quiera volver al pasado?

Nadie lo quiere.

Queremos, aprendiendo las experiencias del pasado, con todo lo bueno y malo que han tenido, reemprender la gran tarea de construir en nuestra patria, conjuntamente con las naciones hermanas de nuestro continente de esperanza, una sociedad verdaderamente humana, libre, próspera, justa y solidaria.

Lo haremos en democracia, con participación de todos. Nadie será excluido. Las Fuerzas Armadas y de Orden también tendrán su parte en la tarea común.

La hermosa y fecunda historia de nuestra República nos enseña que la democracia es más fértil que cualquier dictadura. No es cierto que Chile haya nacido el 73. Chile se construyó en 150 años de vida democrática y el último medio siglo fue fructífero en desarrollo económico e integración y progreso social.

Las llamadas modernizaciones de este régimen solo han sido posibles porque este país tenía la infraestructura económica e institucional construida con el esfuerzo de sucesivas generaciones bajo gobiernos democráticos.

La tarea del desarrollo y modernización no es tarea de un gobierno; es tarea de Chile entero. Pero, para que así sea y dé todos sus frutos, ha de realizarse con sentido de justicia social, de modo que sus logros no beneficien solo a unos pocos, sino a toda la población y, especialmente a los que más lo necesitan, que son los más pobres.

En nombre de los partidos concertados por el NO y especialmente, en el del mío, declaro pública y solemnemente que nuestro compromiso no termina con el triunfo del NO el próximo miércoles. Estamos concertados para asegurar a Chile una transición pacífica, rápida y ordenada a la democracia y para hacer posible la consolidación y estabilidad de un gobierno democrático sólido y eficiente.

No queremos caos ni vacío institucional. Esperamos que las Fuerzas Armadas, que detentan el poder, sabrán respetar la voluntad del pueblo.

Esperamos que el plebiscito se realice en forma normal, sin interferencia ni presiones de ninguna clase, de modo que cada ciudadano pueda votar secretamente según su conciencia y los escrutinios expresen la verdad.

Llamamos a todos a votar temprano, a evitar cualquier provocación, a esperar tranquilos en sus casas el anuncio del triunfo del NO y a celebrar la victoria en forma alegre y pacífica, solo una vez que el Comando del NO lo indique y en los lugares y forma que éste señale.

Aunque tenemos la certeza de que el NO ganará, hemos dicho claramente que, siempre que el acto se realice en condiciones correctas, reconoceremos su resultado, cualquiera que sea. El gobierno todavía guarda silencio. El país tiene derecho a exigirle una declaración semejante.

El Ministro del Interior ha anunciado que dará informaciones sobre los escrutinios. Terminantemente reiteramos que, constituido como está en el Comando del Sí, estas informaciones no tendrán ningún carácter oficial.

Conforme a la ley, los únicos cómputos oficiales son los de las mesas receptoras, de los colegios escrutadores y del tribunal calificador. Solo a ellos nos atenderemos. El sistema de cómputos del Comando del NO, se llevará sobre la base de los resultados oficiales de las mesas. Solo serán aceptables los anuncios del Ministerio del Interior en la medida que coincidan con esos resultados oficiales de las mesas.

Esperamos que, producido el triunfo del NO, los altos mandos de las Fuerzas Armadas y de Orden que detentan el poder, facilitarán el cumplimiento de la decisión del pueblo, lo que hará posible los acuerdos indispensables para hacer los cambios institucionales necesarios para avanzar sin quiebres, en forma pacífica y ordenada, hacia un régimen verdaderamente democrático.

La alegría ya viene, porque vamos a ganar y con ello llegará la democracia.

La victoria del NO será el triunfo de todos los chilenos, más allá de las posiciones de cada cual en el pasado y frente al plebiscito. Porque será el comienzo de una nueva era de reconciliación nacional en vez de enfrentamientos. No queremos ni vencedores ni vencidos.

En la nueva democracia habrá tarea para todos, porque Chile requiere del esfuerzo y colaboración de todos sus hijos.

Afrontaremos el futuro con esperanza y responsabilidad. Todos deberemos estar a la altura de lo que la patria nos demanda. Satisfacer las legítimas aspiraciones del hombre y la mujer chilenos: trabajo y remuneraciones justas, acceso a la salud, a la educación y a la vivienda. Seguridad, orden y tranquilidad; reglas claras y estables para las actividades económicas; oportunidades equitativas para todos, todo ello en libertad, con espíritu de justicia y sentido de solidaridad nacional, es un desafío hermoso para todos.

Asumámoslo con fe, con coraje y renovada esperanza. Así construiremos, para nuestras mujeres y nuestros hijos, ese Chile que soñaron los grandes libertadores y al que todos aspiramos, que sea verdaderamente la patria de los libres y el asilo contra la opresión.

Viva Chile.